



Todos sabían quién era yo, qué hacía ahí y el tiempo infinito que llevaba en el mismo lugar. Todos sabían que desde pequeño me gustaba ser revoltoso, portarme mal y jugar mucho, que siempre me han parecido amigables las personas y nunca he sido un ser solitario. Todos sabían que mis ojos pardos eran extremadamente sinceros y cuando alguien no me agradaba tenían dos opciones: o lo quitaban de mi vista o se volvía papilla, así de simple.

Nunca pensé que en ese cuchitril donde yo vivía encontraría el complemento que siempre estaba buscando. Todo empezó cuando uno de mis compañeros desapareció un día sin decir nada, simplemente ya no estaba conmigo. Uno tras otro fueron saliendo del corral y dejándome a mí sin quien jugar. Me aburría demasiado, como una cabra en un estacionamiento de carros.

Andy entró mirando los objetos que tenían en ese lugar en exhibición, sacó su celular y se paró en una esquina a hablar por teléfono con su novia. Uno de los vendedores lo estaba observando desde que había entrado al establecimiento. Después de todo ya no se puede confiar en esos chiquillos delincuentes, pensó Manuel. Caminó cautelosamente cerca de Andy, esquivó todas las góndolas como si estuviera en un juego de estrategia y llegó hasta donde el niño haciendo ruidos de helicóptero. Manuel empezó a conversar con él para saber que quería de verdad y pronto se volvieron muy amigos.

—Escucha, Manuel, quiero uno de esos —dijo Andy señalando al escaparate.

—Está bien pero tendrás que pagarlo porque si no, no te dejaré salir de aquí ni sobre mi cadáver.

—Tranquilo, Manuel, sé que tengo que pagarlo. Necesito dos días para escoger.

—Aquí tenemos una sección especial para que los veas de cerca.

Andy probó todos y cada uno de ellos, jugó con ellos, los paseó, pero ninguno le partía tanto el corazón como el cachorro de pelo blanco y ojos pardos. Había ido a la tienda de mascotas por mucho tiempo, desde que era pequeño, y nunca había querido tanto uno como a ese perrito. Se lo quería llevar de una vez.

Todo por mi Novia

POR DIANA ISABEL MAYORA



Preguntó en la caja por Manuel para comprar al cachorro, debía llevarse el perro ese mismo día.

—¡Compañeros Caninos! ¡He encontrado a mi leal humano!

—¡Cállate, Paco, o por lo menos habla normal! —gritó Hugo desde el otro lado del corral.

—Está bien, está bien. Me voy, amigos. Por fin he encontrado a alguien que me quiere adoptar como adoptaron a Luis y a todos los demás. Mañana los dejaré, pero estoy seguro que ustedes también encontrarán a alguien como Andy.

Andy era el humano más bondadoso que jamás había conocido, me encontró de repente en ese pequeño corral y ya me estaba diciendo que me llevaría mañana al mejor lugar del planeta, a su casa. ¡Me iba a adoptar! Había soñado con ese momento por tanto tiempo y estaba sucediendo. Comencé a imaginar toda clase de cosas, camas gigantes, personas caminando junto a mí y rascándome la panza, platos llenos de comida las veinticuatro horas del día. Era el sueño de todo perro.

El día que estaba esperando llegó, Andy apareció a las cuatro de la tarde en punto. Llevaba

una jaula para mí y tenía cara de agotamiento, pero pensé que tal vez era por el tráfico o porque la jaula pesaba, no le di mucha importancia porque sabía que cuando llegáramos a su casa, jugaríamos y jugaríamos hasta el día siguiente. Se acercó a la caja, dijo algo y la joven lo

llevó a un cuartito dentro de un pasillo tan oscuro como la noche.

Andy estaba preparándose para tener el mejor día de todos, era el cumpleaños de Sofía, su novia, e iba a comprarle ese perrito de la tienda de mascotas que le había parecido perfecto. Se levantó temprano, se bañó rápido, bajó las escaleras, saludó a su mamá, cogió una tostada y la jaula que usaría para traer al perrito y salió volando por la puerta del garaje. Iba decidido, le encantaba la idea de darle un cachorro a Sofía. A todas las niñas le gustaban los animales y podrían tratarlo como su hijo.

Recibió una llamada de la mamá de Sofía mientras iba camino a la tienda de mascotas y tuvo que escuchar la muerte de su plan lentamente mientras trataba de comprender cómo pudo haberse pasado ese pequeño detalle. Sofía era alérgica a los perros y estaba tirada en su cama sufriendo por haberse acercado a uno el día anterior mientras que su novio estaba a punto de llegar a una tienda a comprarle otro. Estaba tan triste porque ya no sabía qué hacer, tenía por lo menos dos horas para pensar en qué comprarle o llegar sin ningún regalo y morir en el intento de entrar a su casa.

Llegó a la tienda de mascotas con la jaula y a punto de llorar, se acercó a la cajera y le preguntó si tenían algo que no tuviera pelo y fuera pequeño, después de todo ya estaba ahí. A la cajera le hizo gracia su aspecto de destruido y se apiadó de él. Lo llevó a un cuartito metido atrás del almacén, en la parte más oscura donde no había ni un alma. – Diviértete- le dijo sarcásticamente.

El cuarto estaba lleno de iguanas, lagartijas, serpientes y más tipos de reptiles que te dejaban los pelos de punta. Algo bueno debe salir de aquí, pensó Andy. Caminó lentamente alrededor mirando y buscando una que fuera de tamaño decente para una adolescente de diecisiete años y tuviera unos colores bonitos y vibrantes. De pronto ya estaba empezando a agraderle la idea de que su novia tuviera una serpiente y pudiera alardear de ella con sus amigos. Le gustó tanto la idea que comenzó a tener algo de confianza y empezó a correr por todo el cuarto tratando de encontrar la indicada rápido y poder llevársela y sorprenderla y ser el mejor novio del mundo. Todo fue tan espontáneo que la sangre le subió

a la cabeza y la adrenalina del peligro lo tenía loco. Sacó su cámara fotográfica y tomándole foto a cada reptil que veía empezó a bailar.

–Qué raro, no veo a mi humano salir del baño- le dijo Paco a sus amigos caninos.

–Acéptalo, Paco, se olvidó de ti -susurró Hugo desde una esquina.

Eso estaba raro, Andy había entrado a ese cuarto oscuro hacía más de una hora y no salía.

Horas más tarde la joven que lo había atendido y la cual se había olvidado por completo de él, haciendo la rutina de todos los días para alimentar a los reptiles caminó hacia el cuarto oscuro, abrió la puerta y cuando vio lo que había pasado soltó un grito de terror. La escena que le había tocado ver no eran ponis y arcoíris. Fue a llamar a la policía y todas las serpientes comenzaron a salir reptando cada vez más rápido.

–¿Ves, Paco? Te dije que ese humano tuyo se había olvidado de ti, te había traicionado.

–Te dijo ese montón de palabras pero no cumplió ninguna y ahora hace todo ese espectáculo para que no te des cuenta que compró un reptil -le dijo Hugo tratando de explicarle.

–No, Andy era mi amigo. Él nunca me dejaría. Él regresará por mí.

La policía llegó a los quince minutos alarmada porque nunca antes habían tenido un caso así. Entraron los paramédicos y sacaron una bolsa negra enorme del cuarto oscuro, los de control de animales trataban de capturar todas las serpientes que podían y los demás animales en la tienda hacían ruidos espantosos como si supieran qué estaba pasando. Al parecer a los reptiles no les gustaba el flash.

DIANA ISABEL MAYORA. A los 17 años destaca por ser observadora, alegre, cariñosa, estudiante responsable, y sobretodo, por su deseo de hacer feliz al prójimo. Ha trabajado en varias obras de teatro y como locutora de radio en programas infantiles. Es una lectora ávida. Como pregraduanda en el Colegio San Agustín, tomó Talleres de Cuento con Enrique Jaramillo Levi.